

# **De la patria a la nación/del mundo natural al mundo cultural: la ciencia en el Perú, 1790-1930**

Manuel Burga

Inmensas riquezas se encierran en las entrañas de los cerros, llanuras,  
y montañas de nuestro continente, y casi todo está por conocerse.  
Cuanto no se adelantaría la Botánica, Química, Mineralogía y otros  
conocimientos en que debíamos ser los maestros de la Europa  
(Rodríguez de Mendoza 1972 [1816]: 166).

## **Introducción**

El tema que quisiera estudiar en esta contribución es la relación entre la ciencia y la nación. Es decir, la relación que ha existido entre el conocimiento científico, los hombres que lo cultivaron y el descubrimiento de las realidades propias, sean naturales, sociales, materiales o inmateriales, que constituyen los componentes tangibles de una nación. El descubrimiento, valoración y aprecio de lo propio, son pasos sucesivos en la construcción de una nación. Mostrar que el país tiene un clima, una geografía, unos suelos y un mundo vegetal y animal propio, original, tan bueno como el de cualquier otra parte del mundo, fue la tarea de los naturalistas peruanos del siglo XIX. Por eso utilizo como epígrafe una frase de José Toribio Rodríguez de Mendoza, rector del Convictorio San Carlos, Colegio Superior de Lima, dirigida al visitador Manuel Pardo en 1816.

El rector Rodríguez de Mendoza, admirador de las ideas de la Ilustración, quién buscó incesantemente introducir las luces a través de las aulas de este colegio, formula interesantes preguntas en esta carta a Manuel Pardo: “¿Cuánto tiempo perdido en la ociosidad se ganaría por medio de una buena educación que facilita e incita a ocuparse honesta, y útilmente! ¿Por qué no se ha de estudiar fundamentalmente la religión? ¿Y qué razón hay para ignorar la geografía e historia del suelo que pisamos?” (1972: 167). En realidad se está preguntando por las razones, ideológicas o epistemológicas, que nos impiden apreciar el valor de nuestra geografía, historia y del mundo cultural de los peruanos.

Quisiera demostrar que los discursos científicos que circulaban en el Perú de fines del siglo XVIII y durante el siglo XIX eran bastante anacrónicos y atrasados. Mientras en Europa, entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX, se había pasado de la historia natural a la biología, de la gramática a la filología, en el Perú, peruanos y extranjeros seguían cautivos de metodologías y epistemologías que no les permitían sino describir, identificar y clasificar los objetos naturales de estudio. Pudieron hacer geografía, pero no analizar la historia impregnada en esa geografía. El liberalismo peruano del siglo XIX se afanó en descubrir la belleza y la riqueza del mundo natural, pero no tuvo ojos para descubrir al hombre peruano y sus obras, en su originalidad y potencialidad. El concepto de raza era lógicamente más fuerte que el de ciudadanía, y no existían las condiciones sociales y materiales para construir la nación. Esta ausencia se puede constatar en los discursos científicos, liberales y positivistas. Tuvo que llegar el siglo XX, con nuevas actitudes e ideologías políticas, para que todos se quitaran las vendas y finalmente pudieran establecer otra relación entre las realidades y la nación a través de la ciencia.

En consecuencia, me parece oportuno referirme al complejo libro de Michel Foucault, *La arqueología del saber* (1969), donde analiza cómo surgen, se institucionalizan y se desarrollan los discursos científicos en el tránsito de la época clásica a la moderna y de los reinos monárquicos a las naciones. Este es un libro teórico pensado a partir de sus libros anteriores, en particular de *Las palabras y las cosas* (de 1966 y publicado en español en 1968), dedicado a estudiar —de una manera bastante inusual entonces— el surgimiento de las ciencias modernas, como la biología, la economía y la filología, en las primeras décadas del siglo XIX. Su interés era mostrar cómo se incorporaron en cada una de estas disciplinas los nuevos elementos del discurso científico moderno. En Europa, entre el último tercio del siglo XVIII y las dos primeras décadas del siglo XIX se produjo la transición del mundo clásico a la modernidad como producto de una enorme metamorfosis intelectual, social, económica y política. Esta fue la transformación de una totalidad y hay que entenderla como tal; ésa es la propuesta de Michel Foucault.

Pero hay que agregar de inmediato, como él mismo lo indica, que la nueva situación no es el resultado de una ineludible metamorfosis ni de un proceso acumulativo, progresivo y necesario, sino que surge como una nueva situación correspondiente a un nuevo escenario histórico. Las antecesoras de estas tres disciplinas, la historia natural, el estudio de la

riqueza y la gramática, correspondían a un escenario diferente, el mundo clásico, donde la religión y la moral tenían un gran peso. En la segunda mitad del siglo XVIII la razón invade casi todos los ámbitos de la vida de los individuos y de las instituciones, incluido el Estado, como fuerza liberadora de los prejuicios, mitos y conductas de la edad clásica. La ciencia comienza a aparecer como una nueva religión. Así se pone en marcha un enorme proceso de secularización que acompaña o explica el fin de las monarquías absolutistas, las aristocracias sociales y el nacimiento de las democracias republicanas en la Europa moderna. A partir de 1789, año primero de la Revolución Francesa, termina el tiempo de los súbditos y se inicia el tiempo de los ciudadanos, cambios que repercutirán en casi todo el mundo trayendo consigo las conocidas luces de la ilustración, la ciencia, la investigación, el pensamiento crítico, la explicación racional y la nación moderna.

La pregunta entonces podría ser: ¿Esta modernidad que se instaló tan adecuadamente en Europa y en otras partes del mundo podía instalarse de igual manera en el Perú? O quizá deberíamos preguntarnos: ¿Esta modernidad, encarnada en sus modelos políticos y en sus discursos científicos, se puede exportar? La explicación foucaultiana nos sugiere que estos discursos surgen como frutos de un complejo juego de factores que se interrelacionan, unos contingentes, otros necesarios. Se han estudiado bastante bien, para mencionar un solo caso, las enormes dificultades que tuvo la instalación de la modernidad política en Perú luego de la independencia de 1821. Se habla, a veces priorizando demasiado las voluntades políticas de los actores, de la mezquindad de los criollos, constructores de una república para ellos, contra los intereses de las mayorías sociales. Lo que se instaló entonces, ahora lo sabemos muy bien, no fue una democracia liberal, como querían los constituyentes de 1823, ni un proyecto nacional inclusivo de todos los que habitaban el territorio independizado, sino que más bien la república derivó en una situación de anarquía, caos y caudillismos autoritarios sedientos de poder y prebendas. Se construyó una entidad que era más bien la negación de la modernidad política.

### **La idea de patria**

La idea de patria ha existido casi desde siempre, por lo tanto es muy antigua y constituye esa arqueología previa, mezcla de sentimientos, creencias,

solidaridades y expectativas compartidas que conforman lo que Eric Hobsbawm (1992) llama “protonacionalismo popular”, lo que precede y facilita el surgimiento de la comunidad imaginada nacional. Con frecuencia se confunde la idea de patria con la idea de nación. Por eso algunos historiadores peruanos, asimilando ambas nociones, encuentran los orígenes de la nación peruana en las primeras altas culturas indígenas que existieron en el período anterior a la llegada de los europeos. Otros, más moderados y conscientes de la modernidad de lo que se entiende por nación, convierten al Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), cronista mestizo, quien nació en el Cusco y vivió gran parte de su vida en España, en el fundador de la idea de nación en el Perú. En este sentido valoran, por ejemplo, lo que este cronista dice en 1587, en la dedicatoria al monarca español de su traducción de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo: “Que mi madre, la Palla doña Isabel, fue hija del Inca Gualpa Túpac, uno de los hijos de Topac Inca Yupanqui y de la Palla Mama Ocllo, su legítima mujer, padre de Guayna Capac Inca, último rey que fue del Perú” (De la Vega 1949: 9). Y luego agrega: “También por la parte de España soy hijo de Garcilaso de la Vega, vuestro criado, que fue conquistador y poblador de los Reinos y Provincias del Pirú” (De la Vega 1949: 10). Con estas palabras, según algunos, resumía los orígenes mestizos del Perú moderno, haciendo de su biografía personal la biografía de toda una colectividad, la nación peruana.

El Inca Garcilaso de la Vega indudablemente era un mestizo biológico, hijo de una mujer indígena y de un capitán español, y afirmaba —con evidente sustento en el proceso real de la historia— que a su patria, que antes se llamaba *Tawantinsuyo*, los españoles la bautizaron como *Virreinato de Nueva Castilla* y que finalmente sus habitantes comenzaron a llamarla *Pirú*, o Perú como se dice actualmente. Pero lo que estaba describiendo este cronista era la metamorfosis de esa vieja noción de patria, pasando por diversos momentos, en cuyos inicios algunos historiadores pueden encontrar —equivocadamente— la etapa fundacional de la nación peruana y confundir así un proceso de fusión de razas, culturas y sensibilidades con lo que más tarde será la invención de un artefacto cultural moderno como la nación peruana. Entonces lo que se suele hacer es confundir la noción de patria con la de nación moderna: cuando el Inca Garcilaso de la Vega se refería al Perú, hablaba de su “patria”, del lugar donde había nacido, y cuando utilizaba la palabra “nación” —en muy pocas oportunidades— lo hacía pensando en sus orígenes étnicos, en sus afinidades familiares, en su restringida comunidad de parientes incas o cusqueños.

Sin embargo, si queremos seguir indagando sobre la construcción de la nación peruana como una realidad singular, única, podemos referirnos a varios cronistas españoles de la segunda década del siglo xvii, quienes expresaron iniciales sensibilidades criollas, entendiendo por tal la identificación de los españoles nacidos en los Andes con un nuevo mundo original, distinto del mundo peninsular, pero no menor, ni inferior, sino poseedor de sus propias bellezas y bondades. Esto lo encontramos en el *Memorial de las historias del Nuevo Mundo del Pirú* (1630) de F. Buenaventura de Salinas y Córdoba, quién “[...] dedica buena parte de su obra, en particular seis capítulos de su segundo discurso, a la exaltación de su patria, bien es verdad reducida al oasis limeño mientras que el resto del país sólo es evocado de una manera lejana, alusiva y en ningún caso geográfica” (Lavallée 1993: 112). Algo semejante encontramos en la obra de su hermano F. Diego de Córdoba Salinas (1635-1650), *Crónica franciscana de las provincias del Perú*. Igualmente encontramos mensajes similares en otros cronistas conventuales de estas décadas iniciales del siglo xvii, pero habrá que esperar el siglo xviii para que estas ideas criollas aparezcan con mayor nitidez y busquen definir el territorio virreinal de Nueva Castilla como un territorio sui-generis, original, diferente de la metrópoli, con sus propias plantas, animales, paisajes, hombres y una historia propia.

Es en los textos del jesuita Juan Pablo Vizcardo y Guzmán (1748-1798), escritos en los años 1780, y con mayor nitidez en su famosa *Carta a los Españoles Americanos*, escrita en 1791 y publicada en 1799, donde se va esbozando la idea de patria soberana, poblada por ciudadanos con iguales derechos y conducida por los criollos independientemente de una metrópoli extranjera. Estas mismas ideas, aunque quizá de manera más embrionaria, se habían comenzado a elaborar en la Sociedad Académica de Amantes del País (1791-1795) y en los estudios de los colaboradores más destacados de la revista de esta sociedad, el *Mercurio Peruano*, como José Baquijano y Carrillo, Hipólito Unanue, Toribio Rodríguez de Mendoza y el jerónimo Diego Cisneros, que insinuaban nítidamente la idea de una patria independiente y soberana.

David Brading, citando a Vizcardo y Guzmán, nos dice:

Era una blasfemia imaginar que el Nuevo Mundo hubiese sido creado para el enriquecimiento de “corto número de pícaros imbéciles” llegados de España. Había sonado el momento histórico en que los españoles de América debían unirse para liberar al Nuevo Mundo de la tiranía española y crear “una sola

grande Familia de Hermanos”, unidos en la búsqueda común de la libertad y la prosperidad (Brading 1991: 576).

Vizcardo y Guzmán, polemizando con Raynal, Robertson y Ulloa, describía una América hispana como una región próspera y a los indígenas como una “raza laboriosa, que se ocupaba de la agricultura y el tejido” (Brading 1991: 577). Elogiaba a los Incas y por supuesto a los criollos. No censuró la rebelión de Tupac Amaru (1780-1781) pero no la elogió, situándose así en los límites del discurso criollo. Así lo indica Brading de nuevo:

El que definiera el Nuevo Mundo y no al Perú, como su patria, el que se dirigiera a los criollos y no a todos los habitantes de la América española, el que se remontara a Las Casas y Garcilaso en busca de textos precedentes, y el que guardara silencio acerca de Túpac Amaru: todo esto indicó el carácter peculiarmente ambiguo de su empresa ideológica (Brading 1991: 581).

Indudablemente estamos ante los límites del discurso criollo: el Nuevo Mundo, o el Perú en este caso, era el lugar donde habían nacido los criollos, y por eso eran suyos sus territorios, sus países, sus patrias, pero nada más. El mundo humano de los pobladores originarios de estos territorios no existía aún en sus escritos.

### **La nación moderna: ¿es posible importar un modelo?**

Las naciones son relativamente modernas dentro del contexto de la historia universal. Han surgido recién, aunque algunos puedan disentir, en la Europa del último cuarto del siglo XVIII en reemplazo de las viejas monarquías dinásticas y cuando se había agotado el modelo medieval de la *Oecumene Christiana*, que tenía pretensiones de construir una sociedad homogénea y universal. La vieja comunidad cristiana europea, donde el latín, las dinastías reales y la religión cristiana disolvían las diferencias regionales, por efecto de un largo proceso que se aceleró en los siglos XVI y XVII, se fragmentó hasta permitir el surgimiento de un mosaico de naciones modernas, organizadas como repúblicas soberanas, con sus fronteras precisas, sus propias lenguas, historias y culturas, y pobladas por ciudadanos con iguales derechos.

Federico Chabod, en su libro *La idea de nación* (1961), analiza este proceso a través del estudio de la emergencia de la idea, no tanto de las realidades políticas, económicas o culturales, en los textos de intelectuales de los siglos XVIII y XIX de Alemania, Francia e Italia, como Herder, Rous-

seau, Mazzini y Mancini. El autor establece una estrecha relación entre el romanticismo y la popularización de la idea de nación. Nos recuerda que el romanticismo es propio del siglo XIX y aparece como contrapartida de la Ilustración. Mientras el primero enfatiza lo singular, la imaginación, los sentimientos, la fantasía, el individuo o el héroe, la Ilustración hace lo propio con lo universal, las leyes sin fronteras, el pensamiento, lo racional y la historia como obra de las colectividades y no de los individuos.

El libro de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas* (1989), cuya edición original es de 1983, nos propone un concepto de nación, una manera de explicar su origen y nos llama la atención sobre su persistencia y vitalidad —en el momento de su publicación— en los países socialistas del sudeste asiático, donde teóricamente la nación no tenía lugar ni sentido. Es un libro diferente a la obra de Chabod: de mayores pretensiones, ex-céntrico a Europa, centrado más bien en el sudeste asiático y aludiendo periféricamente a la experiencia latinoamericana del siglo XIX. Es un libro complejo, en su organización, discurso y en el tratamiento de los temas. Por eso lo encontramos más bien en la secciones de *Cultural Studies* que en las de historia de las librerías norteamericanas. Es una entrada —además— desde la cultura y el imaginario colectivo, donde —al parecer— se sitúa esa experiencia difícil de definir que se llama la nación, a la cual caracteriza como una comunidad imaginada inherentemente limitada y soberana.

*Comunidad* implica una colectividad de individuos iguales, solidarios y fraternos; *imaginada* porque esa comunidad es fundamentalmente una realidad singular (cuando los miembros de una colectividad la pueden imaginar entonces se convierte en realidad); *limitada* porque tiene fronteras precisas, que se defienden con la vida; y *soberana* porque el poder de sus gobiernos emana de la voluntad general de sus ciudadanos que delegan el poder a sus gobernantes, quienes no obedecen a poderes extraños sino a esa voluntad general.

Ambos libros coinciden en cosas fundamentales que nos interesan en este ensayo. Entre ellas, que las naciones emergen a fines del siglo XVIII e inicios del XIX; que el concepto de nación tiene que ver más con las cosas imaginadas que con las realidades materiales; y que las naciones son artefactos culturales que emergieron en Europa al final de largos procesos y luego se convirtieron en productos modulares exportables.

Nos interesa una constatación final: Chabod parece sostener que este modelo no se exporta y Anderson —coincidiendo de alguna manera— sugiere que cuando no hay condiciones adecuadas en los países receptores se

termina “pirateando” el modelo y dando vida a engendros peligrosos, lo que –según este autor– parece haber ocurrido en América Latina. En Europa, ejemplo clásico, las naciones reemplazan a las anteriores sociedades del *Ancien Régime*, donde los estamentos sociales mantenían a cada uno en su lugar, como individuos diferentes e intransferibles, creando una sensación de inalterabilidad. En las naciones modernas, las clases sociales reemplazan a los estamentos y se difunde la impresión de que todos los ciudadanos son individuos iguales y que habitan, como dice Anderson, comunidades limitadas geográficamente y políticamente soberanas. En conclusión, las naciones se construyen en Europa como desenlace de un largo proceso histórico y luego esta forma de convivencia colectiva se convierte en un esquema modular que se exporta a otras partes del mundo y en particular a Latinoamérica entre 1810 y 1825.

### **Hipólito Unanue: elogio a la naturaleza, ausencia del hombre y primer despertar de la idea de nación**

Hipólito Unanue (Arica 1755 - Cañete 1833) fue médico, naturalista y político, y se le considera un prócer de la independencia de 1821. Hizo sus estudios primarios en Arica, cuando aún era territorio peruano, y luego se trasladó a Arequipa, donde estudió teología en el Seminario de San Jerónimo. Más tarde estudió medicina en San Marcos, juramentó como médico en 1786 y en 1788, a los 33 años, asumió la cátedra de Método en Medicina. Sabemos, con certeza, que fue uno de los fundadores de la Sociedad Amantes del País (1790) y un ilustre colaborador en la revista *Mercurio Peruano*, de esta sociedad. Escribió un ensayo que denominó *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre* (1805), donde presenta las bondades del clima limeño, su naturaleza, en contraposición a lo que sostenían los naturalistas europeos. Fue fundador del Colegio de Medicina de San Fernando (1809) y promovió, como buen higienista, la construcción del cementerio de Lima. Era sin duda un ilustrado, o se presentaba como tal, colaboró con los virreyes hasta 1820 y luego se integró en las filas patriotas.



El médico peruano Uriel García Cáceres (2010)<sup>1</sup> ha tenido el gran acierto de estudiar a Hipólito Unanue y lo considera como un hombre que vivió plenamente –desde la periferia del mundo occidental– una época de transición entre el mundo colonial y la modernidad ilustrada, la cual en el siglo XIX se convertiría en modernidad republicana. Se trató de una transición que afectó la vida cotidiana, las actitudes sociales, las relaciones familiares y sociales, así como la relación con el mundo y la historia, a partir del pensamiento de la Ilustración, que invadió todos los ámbitos de la vida de las personas. Por lo tanto, no es nada raro que Unanue haya tenido un cambiante derrotero: de ser secretario de virreyes, fundador del *Mercurio Peruano* y de la Sociedad Amantes del País, pasó a ser colaborador de San Martín y finalmente ministro de Hacienda de Simón Bolívar. Es decir, fue un liberal doctrinario en el siglo XVIII, respetuoso de la monarquía española, de Carlos IV y Fernando VII, que luego, cuando las independencias se volvieron verosímiles, factibles, amenazantes, se volvió liberal radical independentista, seguidor y colaborador de los caudillos militares de la independencia. Este tránsito no debe sorprender, ya que los liberales estaban divididos entre doctrinarios y radicales, los primeros respetaban la continuidad de la monarquía y los segundos apostaban por las repúblicas modernas. Entonces, en términos estrictamente políticos, Unanue pasó del liberalismo doctrinario al radical en un lustro o en una década, así como lo hicieron Sánchez Carrión, Olmedo, Vidaurre y muchos más.<sup>2</sup>

El libro de Uriel García no tiene una intención mitificadora, ni tampoco iconoclasta, pero sí logra –casi sin proponérselo– presentar un Unanue más real, más auténtico, en sus fortalezas conocidas y en sus perfiles poco estudiados o comprendidos. A pesar de no ser un historiador profesional, recurre al apoyo de documentos y, gracias a su sólida formación médica, logra humanizar y secularizar la figura de un importante ícono nacional. Humanizar, porque analiza discretamente la vida personal de Unanue y nos introduce en los detalles de la vida personal de un hombre cuya fortuna parece cambiar cuando se encuentra con Mariana Belzunce Vda. de Landaburo, al ser contratado como preceptor de su hijo José Leocadio.

1 Este autor nació en el Cusco en 1922. Fue un importante intelectual peruano, epidemiólogo, político y ministro de salud, hijo de un destacado intelectual cusqueño, llamado también José Uriel García (1894-1965), autor de *El nuevo indio* (1930), un libro muy influyente en su época.

2 Esto lo hemos estudiado con Pablo Macera al tratar el surgimiento de la Escuela de Primeras Letras en Perú en nuestro último libro (Burga/Macera 2013).

Esto sucedió hacia 1785: él tenía 30 años y ella, Mariana, 45 y ya era viuda. Ingresó a vivir en la mansión limeña de El Lechugal, de donde nunca más salió. Doña Mariana murió, igualmente su hermano, y José Leocadio, conocido en los círculos familiares como el “afrancesado”, se quedó a vivir en Europa. Unanue viajó a España, por entonces, y consiguió importantes beneficios del cuestionado rey Fernando VII al año siguiente, entre ellos: el reconocimiento del Colegio de Medicina de San Fernando, el cargo de Protomédico y todo el patrimonio de Doña Mariana, incluida la hacienda de San Juan de Arona y otras propiedades en Lima.

Es interesante ver el tratamiento que le da Uriel García a la fundación del Colegio de Medicina de San Fernando: contraviniendo, en cierta manera, la normativa que al parecer obligaba a que la creación de una institución como ésta debía pasar por los claustros de San Marcos, la administración colonial dejó de lado a la universidad. Igualmente se detiene en la discusión que rodea al nombramiento de Protomédico, donde también parecería que la magia de Unanue funcionó para llegar a ese puesto. Pero el autor se interesa más por los beneficios que trajo la fundación del Colegio de Medicina a la salud pública de una ciudad horriblemente sucia como Lima, sucia, maloliente y de altas morbilidades y mortalidades. No le llama la atención que haya sido beneficiado con todo el patrimonio Landaburo Belzunce, una de las familias más ricas de la Lima de entonces, del constructor de la Plaza de Toros de Acho, dueño de haciendas importantes, que dejó su patrimonio a Doña Mariana, el cual por los azares del destino o la magia de Unanue recayó finalmente en manos de una persona que no era ni Landaburo ni Belzunce.

Llama la atención su designación como Protomédico, su disputa con Joseph Manuel Dávalos por este cargo y su poca certificada formación científica. El autor no ha encontrado documentación de sus estudios de medicina, sus grados o títulos recibidos. No duda de sus cualidades académicas, humanas y políticas, pero lo presenta en toda su autenticidad como hombre de su tiempo que refleja su circunstancia histórica, su cambiante época, una manera de vivir y de morir más cercana a la religión que a la ciencia. No me sorprende que un hombre como Unanue, aparentemente moderno, ilustrado, primer patriota, siguiera siendo un fiel seguidor de las ideas de Hipócrates y Galeno, cuando los descubrimientos y los libros de Andrés Vesalio (1514-1564) y William Harvey (1578-1657) hacía ya tiempo que habían revolucionado el conocimiento de la fisiología y la anatomía humanas. No sorprende entonces que los médicos peruanos hayan

seguido enseñando a Galeno hasta 1843 en el Colegio de la Independencia, nuevo nombre dado al Colegio de San Fernando en 1821.

Aquí corresponde citar nuevamente *La arqueología del saber* (1969), donde Michel Foucault analiza con amplitud y complejidad las condiciones y los factores que acompañaron al surgimiento de los discursos científicos en la modernidad. Estudia eso que denomina las “superficies de emergencia” de las nuevas formaciones discursivas, como la filología, la biología y la economía política. El trasfondo que hace posible la universalización y la aceptación de esos discursos, más allá de los grupos pequeños y de las academias científicas, es una gigantesca secularización de la vida social y un enorme cambio político. Secularización, desarrollo de la ciencia, aparición de los ciudadanos, la democracia representativa y el cambio en las actitudes y mentalidades sociales andan a un mismo ritmo. En Perú, donde a diferencia de Europa todos esos cambios que se pueden resumir en las grandes revoluciones políticas y en la instalación de las nuevas repúblicas no se produjeron, lógicamente no existía tampoco esa “superficie de emergencia”. Sin embargo, sin que existieran estos escenarios, algunos hombres se aventuraban en nuevos campos epistemológicos hasta donde les permitía la sociedad de entonces. Esa sociedad muy barroca, más semejante a la europea del siglo XVII que a la del XVIII, no era propicia a la ciencia ni al pensamiento liberal, sino más bien a conductas reprimidas, a discursos públicos muy diferentes a lo que se sostenían en tertulias privadas.

Es por eso que Uriel García Cáceres detecta en Unanue, y muy probablemente en toda la gente que lo rodeaba, un retraso científico e intelectual de varios siglos en relación a Europa. Por sus intuiciones científicas y su sincera admiración al gran médico, este libro nos permite preguntarnos de nuevo si los intelectuales y científicos del Perú de entonces asimilaban verdaderamente las doctrinas, teorías y conocimientos científicos de la modernidad occidental. Todo parece indicar que el discurso científico de Unanue era anacrónico. No era estrictamente un discurso de la Ilustración, científico, porque su surgimiento era imposible dentro de esa “superficie de emergencia” peruana de entonces. Sin embargo, en él encontramos una sólida argumentación que intenta demostrar que la naturaleza peruana, con sus plantas y animales diferentes de los europeos y de otras geografías, era sencillamente original, diferente a la europea, pero no de menor categoría. Lógicamente, ni el clima ni el hombre originario de estos territorios eran menores, sino simplemente respuesta a ambientes también diferentes. Unanue se interesó por la historia justamente para mostrar esa diferencia,

pero dejó fuera de su discurso al hombre indígena, describiendo una nación de plantas y animales. Pero no podemos dejar de reconocer que fue un paso importante en la elaboración de la idea de nación.

### **José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete: una independencia sin patriotismo y sin éxito**

José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete (1783-1858) fue el fundador de la dinastía Riva-Agüero en el Perú. Vivió entre fines de la colonia y mediados del siglo XIX, entre dos mundos diferentes, en una transición donde se tenía mucho que perder y, a veces, muy poco que ganar. Riva-Agüero apostó por la modernidad y no parece que haya tenido dudas. Fue un convencido liberal doctrinario y no sufrió las metamorfosis que afectaron a Unanue, Baquijano, Toribio Rodríguez de Mendoza, Sánchez Carrión o Vidaurre, que cambiaron a medida que la independencia se volvía más verosímil y pasaron del monarquismo al republicanismo, a veces abruptamente. En 1818 publicó *Manifestación histórica y política de la revolución de la América*, obra conocida como *Las veintiocho causas*, donde aparece como un liberal radical, comprometido con las ideas modernas de la democracia. Presidió la Asamblea Constituyente de 1823 y fue el primer presidente del Perú, pero su mandato apenas duró cuatro meses y luego fue exiliado, perseguido y marginado por los caudillos militares.

Escribió un extraño libro de 700 páginas, publicado con el seudónimo de P. Pruvonena en París en 1858, el mismo año en que murió, con el título *Memoria y documentos para la historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*. Habían pasado entonces más de treinta años de vida republicana y él escribía un libro para explicar por qué la independencia no había tenido éxito. En treinta capítulos buscaba demostrar el fracaso de la democracia representativa, el triunfo del caudillismo militar, las prebendas, las clientelas y la corrupción generalizada. Señalaba a la anarquía y a la ausencia de un patriotismo auténtico como las causas principales de esta situación. La presencia de San Martín, Bolívar, Gamarra, Salaverry, Santa Cruz, Castilla y finalmente Echenique, según él, había sido devastadora para el país. ¿Por qué —se preguntaba el autor— la independencia y el sistema de la democracia representativa funcionó bien en la Grecia de Pericles, en los cantones suizos y en los Estados Unidos, y

por qué no en el Perú?<sup>3</sup> Daba muchas razones que no analizaremos en detalle, y señalaba algunos factores como las principales causas del fracaso de la independencia, entre ellos la responsabilidad del individuo, la ausencia de patriotismo y la carencia de una conducta moral de los gobernantes. Todos ellos estaban más vinculados a los valores que a las condiciones sociales y materiales del país. Un buen patriota –decía– es como un buen hijo, una virtud que le parecía estar ausente en el país.

Este es un caso singular de un hombre que sufrió una metamorfosis política, pasando de ser un liberal radical antes de la independencia de 1821 a un monarquista, 37 años después, ganado por el pesimismo y el conservadurismo en el otoño de su existencia, hasta llegar a proponer, también contra la corriente, una monarquía para darle estabilidad al gobierno peruano y sacarlo de la anarquía. Riva-Agüero se preguntaba finalmente por qué los caudillos presidentes no habían podido reemplazar de manera progresiva a los gobernantes incas y a los mismos virreyes enviados de España<sup>4</sup>.

### **Antonio Raimondi: la riqueza natural de la nación**

Antonio Raimondi (Milán 1824 - San Pedro de Lloc 1890) fue un naturalista italiano que llegó al Perú en 1850, atraído por la geografía tropical y la flora peruana que había visto en los museos de Europa. Llegó al Perú a los 24 años, con una incipiente formación como naturalista, adquirida de manera autodidacta. Inmediatamente después de su llegada, convirtió a la geografía peruana, la hidrografía, la orografía y la geología en sus objetos de estudio permanente. El Perú, o la comunidad científica limeña, era tan pobre que al año siguiente de su llegada, en 1851, por el hecho

3 Riva-Agüero sostuvo que el Perú era demasiado múltiple racialmente para constituir una nación de ciudadanos: “Ese sistema fatal de igualdad de una sola raza, y de gente instruida y muy civilizada, no pudo permanecer allí; y no obstante eso, el Congreso Peruano, lo puso en planta en 1822. De este error de querer igualar al Perú atrasado, con la antigua Grecia ilustrada, y con los Estados unidos de América, han nacido los demás errores de esos ideólogos” (Riva-Agüero 1858: 7).

4 “[...] es sabido que esta clase de gobierno no puede existir sin grandes virtudes, probidad y luces en los ciudadanos que se consagran a la causa pública; y sin que las naciones que las adopten, no posean una educación análoga, y un patriotismo proporcionado a los sacrificios que exige la República para su conservación” (Riva-Agüero 1858: 10-11).

de poseer anotaciones en sus libretas de las clases que había escuchado en Milán, asumió un puesto de profesor de historia natural en la Escuela de Medicina. Su biógrafo peruano, Giovanni Bonfiglio, confirma que no tuvo una formación universitaria en ciencias y que no tenía ningún título académico. Había leído a muchos viajeros, incluso a Buffon, Tournefort y Darwin, pero no parece haberse interesado en el evolucionismo. Traía sí una enorme pasión por el territorio peruano y su mundo natural (Bonfiglio 2004: 31-35).

Era un romántico y un nacionalista. El sentimiento nacionalista era un sentimiento muy propio de la Italia de entonces, y Raimondi había bebido en esa fuente. “La pasión nacional era una corriente irresistible de la que nadie podía despreocuparse. Era algo más: era como la ley física del movimiento de la tierra, que, en su aparente inmovilidad arrastra a todos dentro de su órbita” (Janni cit. sg. Bonfiglio 2004: 36). Este amor por Italia lo convirtió Raimondi en una pasión por el Perú, que seguramente contagió a los liberales que rodeaban a Manuel Pardo, fundador del Partido Civil, entre 1872-1876, cuando desarrollaron el gobierno de la “República Práctica”.

El esfuerzo de Antonio Raimondi es verdaderamente sorprendente y él mismo se consideraba un continuador de los cronistas españoles como Josep de Acosta y Bernabé Cobo, quienes describieron el mundo natural americano, e igualmente de los viajeros de los siglos XVII, XVIII y XIX, franceses, ingleses, españoles y norteamericanos. Pero también mencionaba a los peruanos: al Inca Garcilaso, el jesuita Blas Valera, y luego a Cosme Bueno, Gabriel Moreno y al reconocido Hipólito Unanue. Todos ellos, desde el mismo siglo XVI, habían descrito plantas, animales, minerales, ríos, cumbreros, como la manera correcta de descubrir el Nuevo Mundo. Describieron la singularidad o la universalidad del Nuevo Mundo, clasificando lo que encontraban, recogiendo especies, muestras de todo tipo, y enviándolas a Europa, pero también promoviendo la creación de un museo, o varios, para estudiarlas en el país.

Antonio Raimondi, muy relacionado con los liberales que llegaron al gobierno con Manuel Pardo (1872-1876), insistió en la creación de un Museo de Historia Natural y un Jardín Botánico, como los que existían en Milán o en París, para conservar estas colecciones. Pero sus esfuerzos fueron inútiles. El gobierno civilista, atendiendo a sus demandas, desde 1872, inició la publicación de sus obras y entre los años 1874 y 1876 se publicaron los dos primeros tomos de su clásico *El Perú*. En 1866 fue deca-

no de la Facultad de Ciencias de San Marcos, pero al año siguiente dejó el cargo y reinició sus viajes, visitando gran parte del Perú hasta que la muerte lo sorprendió en San Pedro de Lloc en 1890. Sus máximos logros fueron las noticias que pudo dar a las academias de ciencias de Europa, en las que transmitía sus hallazgos, analizando el salitre de Tarapacá o el guano de las islas de Chincha entre 1852 y 1853.

También las publicaciones que realizó en el Perú son metas alcanzadas por el naturalista, pero no pudo hacer mucho en San Marcos, ni en las políticas públicas del Estado. En la universidad se limitó a enseñar, uno o dos años, los cursos de Zoología, Botánica y Botánica de clasificación. También enseñó Química analítica. Sin embargo, se detuvo a analizar insistentemente las riquezas botánicas, zoológicas y geológicas del país y por eso le inventaron una expresión que nunca pronunció: “El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro”. Lo más valioso que dejó son sus numerosos libros, donde describe sus incansables viajes al interior del país, exponiéndose a los constantes peligros y a las enfermedades. Por sus pasiones, su sensibilidad y su entrega a las expediciones era indudablemente un hombre del romanticismo. Si bien tenía una relación más emotiva que racional con el país, nadie puede negar la importancia de su obra, sus taxonomías, nomenclaturas, clasificaciones, descripciones y mediciones geográficas, así como las especies dejadas a la Universidad de San Marcos. Por encima de todas las dificultades, amó al Perú. No escatimó elogios cuando tuvo que reconocer el trabajo de peruanos como Gabriel Moreno o Hipólito Unanue, y comparó las ciencias que ellos cultivaban con plantas exóticas recientemente introducidas en el Perú, pero no bien aclimatadas para crecer y dar frutos. Por eso reconocía la labor abnegada de Nicolás de Piérola, Mariano Eduardo de Rivero y Cayetano Heredia. Éste último le abrió las puertas de la Escuela, primero, y de la Facultad de Medicina, después.

¿Qué sucedió a nivel de la ciencia y del conocimiento científico? El ensayo de Antonio Raimondi (1862) es muy elocuente al respecto. El naturalista italiano, quién vivió entre 1824 y 1890, es un ilustre ejemplo de la ciencia que se cultivó en el país en la segunda mitad del siglo XIX. El mismo era un naturalista autodidacta, que llegó al Perú en 1850, decidido a desarrollar un trabajo científico que pudiera mejorar el de los viajeros que lo habían precedido, con una mejor clasificación de las especies animales, vegetales y minerales de estos territorios. Era un experto en descripciones, mediciones, taxonomías y clasificaciones; era un conocedor de la historia natural, tal como la habían cultivado Tournefort, Linneo, Buffon y los

ilustres viajeros que visitaron el continente antes y después de Alexander von Humboldt. Su intención era mostrar la riqueza natural, vegetal, animal y geológica, del Perú, ya no solamente una nación diferente y original –como la veía Unanue–, sino además rica y llena de potencialidad. Así nos muestra un rico y diverso mundo natural, donde el hombre casi está ausente.

### **Redescubrimiento del indio en la Patria Nueva: nuevos discursos y nación**

La discusión sobre la naturaleza de la nación peruana se desarrolló durante casi todo el gobierno de Leguía, llamado también el Oncenio o el gobierno de la Patria Nueva, por oposición a la Patria Vieja de aquellos que habían gobernado en el período inmediatamente anterior de la denominada República Aristocrática (1895-1919). Al inicio de la Patria Nueva (1919-1930) se produjo una suerte de desembalse de las presiones populares, a tal punto que en 1920 se aprobó una nueva constitución que restituyó los derechos de los indígenas que habían sido cancelados por los criollos en 1821. Leguía, que respondía a las presiones populares y al discurso de los políticos y de los intelectuales de la época, aparecía como el benefactor de las poblaciones indígenas, el Wirakocha que les devolvía su dignidad, sus derechos sociales y políticos, y la propiedad de la tierra conculcada por anteriores constituciones criollas.

En ese contexto, los intelectuales reinventaron la historia del Perú y la hicieron más antigua. La “antigüedad” –como diría Anderson– es la consecuencia de la novedad; la nación logra su autenticidad y legitimidad inventando una antigüedad ficticia y por eso se buscan los orígenes de la nación en el discurso del Inca Garcilaso de la Vega de fines del siglo *xvi* e inicios del *xvii*. Este proceso, conocido también con el nombre de “invención de tradiciones”, convierte lo nuevo en antiguo para crear una patria histórica. Este desarrollo se aceleró durante momentos dramáticos de la guerra con Chile (1879-1883), cuando fue necesario buscar explicaciones de la derrota y señalar a los culpables de los desastres. Se decía que Perú había perdido la guerra porque no todos se sentían peruanos, comprometidos con el Perú y decididos a ofrendar sus vidas por esa ficción que podemos llamar nación peruana. De manera específica se consideraba que una fidelidad mayor de los indígenas a los caudillos, que a la nación en abstracto, era algo más



nocivo que la carencia de un armamento moderno y de un ejército debidamente organizado y disciplinado.

De ese modo, el indio, como obstáculo para la construcción de la nación o como su integrante mayoritario, comenzó a aparecer en diversos discursos desde el mismo inicio del siglo xx. Mostraré solamente algunos ejemplos muy representativos de este proceso que el historiador Jorge Basadre consideraba como el mayor acontecimiento del siglo xx, el redescubrimiento del indio y del hecho evidente de que las poblaciones indígenas constituían las mayorías sociales del Perú y las que podían otorgarle, con su historia y con sus legados, el carácter de una nación original.

### **Manuel Vicente Villarán: el discurso positivista**

Manuel Vicente Villarán (1873-1958), rector de San Marcos en 1922, exhibió un discurso muy representativo de inicios del siglo xx. Ya no se trataba del discurso científico de un naturalista, sino más bien de un alegato en defensa del positivismo, de la ciencia positiva de Auguste Comte (1798-1857), John Stuart Mill (1806-1873) y de Herbert Spencer (1820-1903) principalmente. Pedía alejarse de aquellas “ciencias morales que dependían de dogmas religiosos e hipótesis metafísicas” (Villarán 1922: 45), independizarlas de toda metafísica. Promovía además una nueva sociología, una historia positiva, así como un derecho y una ciencia política que no se fija en lo contingente, aleatorio, anecdótico, sino en lo esencial, en las instituciones, en las causalidades y las fuerzas invisibles que explican el devenir y el funcionamiento de las sociedades. Era un intelectual civilista, liberal en consecuencia, que se aferró al positivismo de Comte y al darwinismo social de Spencer. No hizo una presentación sustancial de los ilustres positivistas del siglo xix, sino que más bien se limitó a defenderlos porque representaban una nueva actitud científica, de estudiar las cosas visibles, materiales, palpables, dejando de lado lo que llamaba las metafísicas, las teorías. Consideraba a la sociología de Emile Durkheim como la ciencia del futuro. Descubría al indio, a su manera, para señalar que representaba, por sus costumbres y natural aislamiento, uno de los obstáculos mayores para la construcción de la nación moderna y proponía que la solución era la educación para reintegrarlo a la nación.

### **Carlos J. Rospigliosi Vigil: investigación e industria**

Médico y naturalista, Carlos J. Rospigliosi Vigil (1879-1938), estudió en San Marcos, donde se graduó como bachiller en 1902 y como doctor en 1904. Enseñó Química y Zoología en la Facultad de Ciencias. Organizó el Gabinete de Historia Natural, que en 1918 se convirtió en parte del Museo de Historia Natural de la Universidad de San Marcos. Trabajó un buen tiempo como médico asimilado a los institutos militares, y en 1930, de regreso a la universidad, asumió el decanato de Ciencias. Dirigió San Marcos entre 1932 y 1935, cuando fue clausurado por el gobierno militar, y publicó el mismo año un libro narrando esta experiencia, *La crisis universitaria en el Perú*. Dejó dos tratados inéditos de Zoología General y Anatomía Comparada y publicó *Orientaciones Industriales. Necesidad de crear un instituto de investigación en el Perú* en 1917.

En este discurso, pronunciado en 1917, Rospigliosi propone ideas bastante nuevas en el Perú de entonces, pero que el liberalismo de Manuel Pardo ya las había ensayado en el siglo XIX, entre 1868 y 1876. Sin embargo se pregunta con mucha energía: “¿Pero cómo hemos aprovechado nuestros tesoros naturales que nos han dado a conocer en su mayor parte los exploradores y hombres de ciencia extranjeros? ¿Qué nos dice la historia a este respecto? ¿Cuál es el estado de nuestras industrias” (Rospigliosi 1917: 11). Constata que hay una educación no interesada en el país y su futuro: “Es por esto que debemos reaccionar, y nuestra reacción debe empezar por una innovación salvadora en la tarea educativa. Debemos abandonar los viejos y rutinarios métodos, reformando los programas de enseñanza para adaptarlos a las mejores conveniencias de nuestro país, dándole una finalidad práctica” (Rospigliosi 1917: 23). Propone una interesante idea: “En consecuencia la orientación que debe tener nuestra Universidad es la técnica; para lo cual es necesario crear un instituto de investigación, donde formemos los hombres que la Universidad debe preparar para el porvenir, es decir investigadores de ciencia nacional y no de ciencia ya conocida” (Rospigliosi 1917: 27). Hablaba, este año 1917, en medio de la Primera Guerra Mundial, cuando los precios de las materias primas peruanas subían en los mercados extranjeros, de invertir generosamente en ciencia y en investigación.

Su propuesta era descubrir de nuevo el Perú: “¿Pero qué esfuerzos se han hecho para conocer las riquezas naturales que poseemos en el territorio?” (Rospigliosi 1917: 5). Se preguntaba por qué quedarse en los “um-

brales del positivismo”, por qué no penetrar en su “recinto”; para eso pedía la creación de un instituto, “en el cual se de preferente atención a la preparación científica de modo que ésta sea efectiva y práctica” (Rospigliosi 1917: 5). El instituto en cuestión sería el Museo de Historia Natural tantas veces soñado por Raimondi y los liberales que acompañaron a Manuel Pardo, quienes no tuvieron ningún prejuicio nacionalista en recurrir a extranjeros como Eduardo de Habich para fundar la Universidad de Ingeniería, a Sebastián Lorente para realizar una nueva lectura de nuestra historia y a Pierre Pradier Foderé para poner en marcha la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas en San Marcos en 1876. Rospigliosi pedía una nueva institución, un nuevo museo creado por el gobierno y entregado a la universidad para su gestión en la Facultad de Ciencias. Esto se hizo realidad en 1918, durante el rectorado de Javier Prado y desde entonces se conservan allí las colecciones de Raimondi. Rospigliosi volvió a hacer el recuento de los que contribuyeron al descubrimiento del Perú, cronistas, viajeros, hasta llegar al mismo Raimondi.

### **Julio C. Tello: una larga historia propia**

Julio C. Tello (1880-1947) fue un arqueólogo, y en realidad un auténtico científico moderno, descubridor de monumentos como los viajeros pasados, pero al mismo tiempo creador de teorías para entender la historia y la diversidad cultural del país. Hizo un breve diagnóstico de la lamentable situación de la investigación en aquel año de 1922, afirmando que no se investigaba en las universidades y casi nada en las academias y sociedades científicas. Tello, con una enorme vocación por la investigación, con estudios de postgrado en universidades de Estados Unidos y Alemania, adhirió al movimiento de la Reforma universitaria, a que la imaginaba como un proyecto para construir una universidad como las que había conocido en sus viajes de estudio. Este año, hablando fuera de la universidad, en un discurso dirigido a los integrantes de una sociedad científica, afirmó que no había investigación sin museos, bibliotecas, laboratorios, convenientemente equipados como centros para reunir investigadores. Asimismo planteaba la idea de los seminarios como los ámbitos para el trabajo mancomunado de docentes y alumnos en el desarrollo de los proyectos de investigación. Clamaba por la aptitud científica y la curiosidad, como los motores de la investigación (Tello 1928).

**Fortunato Herrera: recuperar las plantas andinas**

Fortunato Herrera (1873-1945) estudió primaria, secundaria y superior en su ciudad natal, Cusco. Allí obtuvo los títulos de bachiller en ciencias en 1900 y doctor en 1911, con las tesis *Etnografía de los indios chincheros* y *Coordenadas Geográficas del Departamento del Cusco*, respectivamente.

Ingresó a la docencia universitaria y comenzó a enseñar Botánica General y Botánica Descriptiva. Fue rector de la Universidad San Antonio Abad de Cusco (1929-1933) y luego se estableció en Lima e ingresó a la Universidad de San Marcos donde publicó importantes libros, sobre el mundo vegetal y los estudios botánicos. Fortunato Herrera pasó de la historia natural de Raimondi a la biología moderna y aportó el gran descubrimiento de un mundo vegetal que había sido conocido por la civilización prehispánica. Además, de una manera muy original, mostró de nuevo, como lo había hecho antes Unanue y luego Raimondi, esa evolución en el conocimiento del mundo natural de los peruanos, desde los cronistas hasta los viajeros científicos del siglo XIX.

Con Fortunato Herrera, centrado en el departamento del Cusco, casi regresamos de nuevo a la Historia Natural del siglo XVIII, a las taxonomías, nomenclaturas, de Tournefort, Linneo y Buffón. Sin embargo sus obras resultan indispensables porque hace un recuento muy valioso de todos los viajeros y científicos que visitaron Cusco entre la época de Raimondi y 1930. Con un cierto asombro encontramos un importante número de botánicos, antropólogos, arqueólogos, que visitaron este departamento, estudiaron su flora, fauna, minerales y monumentos históricos, recogieron muestras y las llevaron al extranjero a formar parte de sus importantes colecciones. Todos los mencionados por Fortunato Herrera eran extranjeros. Ahora, en especial en los años 1920, la época del gobierno de Augusto B. Leguía, la nueva figura que aparece es la del intelectual interesado en el Perú como comunidad nacional, con pasado, presente y futuro. Se descubre una larga historia, un presente en dificultades y la frustración de la primera centuria republicana, y al mismo tiempo se señalan las dificultades para construir un futuro si no se termina con la herencia colonial.

### A manera de conclusión

He realizado un esfuerzo muy localizado en personajes representativos en diversos periodos para analizar la relación entre ciencia y nación en el Perú de 1790 a 1930 aproximadamente. Unanue, desde la historia natural y la medicina, nos muestra que el clima limeño era tan bueno como el clima europeo para los hombres, siendo solamente diferentes. Estudió en detalle la planta de la coca, su naturaleza original, sus propiedades, pero no se interesó por el hombre indígena que en ese momento vivía en las regiones andinas. Para Unanue el Perú era un territorio natural y geográficamente tan bueno como cualquiera existente en Europa, pero olvidó algo fundamental: incorporar a las sociedades indígenas dentro de esa realidad.

José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete, un político liberal doctrinario en su juventud, convencido de la importancia y necesidad de la independencia, pero respetuoso de la monarquía española, apostó por la República independiente. Así lo expresó en su obra inicial sobre las causas de la independencia. Más tarde cambia, se desilusiona y en 1858, de manera póstuma, publica una voluminosa obra denominada *Memorias y documentos*, donde nos habla del fracaso de la independencia, y la conveniencia de la monarquía, porque la nación peruana estaba compuesta de habitantes pertenecientes a diversas y desiguales razas: los criollos cultivados y urbanos y los indígenas sin educación y arrinconados en sus terruños andinos. La inexistencia de condiciones naturales y espirituales frustró la construcción de la nación, proyecto que más bien devino en anarquía, corrupción y lucha incesante por capturar y controlar el poder del Estado.

Antonio Raimondi, un naturalista italiano, liberal, fascinado por la geografía tropical y andina del Perú, proveniente de una Italia nacionalista e independentista, volvió a descubrir el mundo natural de los peruanos a través del estudio de los climas, las plantas, los ríos, los suelos y las regiones del país. Su gran obra en 6 volúmenes, *El Perú*, hizo de nuevo la presentación del mundo natural a los criollos peruanos que habitan en las ciudades. Formaba parte del Partido Civil de Manuel Pardo que trató de construir una nación criolla, pero que comenzó a preocuparse por mirar a los pobladores nativos, considerados primitivos, que debían volverse criollos para salvarse y salvar al país.

Finalmente, cuando termina el dominio de los criollos del Partido Civil, al instalarse la Patria Nueva de Augusto B. Leguía en 1919, se abren paso nuevos discursos políticos, históricos y científicos. En la tercera dé-

cada del siglo xx se produjo el gran descubrimiento del indio. Menciono en primer lugar a Manuel Vicente Villarán, partidario del positivismo y aun del darwinismo social de Herbert Spencer, listo a condenar al indio de entonces y al mismo tiempo promover la educación para sacarlo de la pobreza y el atraso. Carlos Rospigliosi Vigil propuso un discurso para descubrir de nuevo al Perú, pero esta vez por los peruanos y con la ayuda de la investigación científica, para lo cual propuso la alianza del Estado, la universidad y los particulares. Llegó a proponer la construcción de una ciencia propia.

Luego Julio C. Tello, fundador de la arqueología peruana, extendió la civilización prehispánica hasta la cultura Chavín, 1.000 años a.C., y se convirtió en el gran apologista de una larga y maravillosa historia de las culturas indígenas anteriores a los incas. Descubrió y presentó los magníficos logros del hombre indígena, entonces marginado y en la pobreza. Finalmente presentó de nuevo a un naturalista, Fortunato Herrera, cusqueño que estudió la flora y la fauna conocidas por el indígena andino. Describió técnicamente esta flora y promovió su desarrollo y recuperación. Él formó parte de todo un movimiento intelectual y político cusqueño que buscó identificar y estudiar lo propio para luego promover su recuperación, fueran plantas, animales, suelos, técnicas o el mismo hombre indígena. No se trata de un mundo natural, sino del mundo cultural construido por las poblaciones indígenas antes de la conquista española. No solo se trata de reivindicar al hombre andino, indígena, sino también su mundo cultural, sean artefactos materiales, o naturales, pero descubiertos y contruidos por el indígena. Se trataba de una propuesta que, por este camino, condujo a un nacionalismo radical indígena. La nación ya no era más de los criollos, sino de las poblaciones mayoritarias, de los indígenas. La incorporación de estas poblaciones, como ciudadanos con derechos como todos los demás, dentro de la sociedad nacional sería el paso definitivo para transitar de la patria a la nación.

## Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1989): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Siglo XXI.
- BONFIGLIO, Giovanni (2004): *Antonio Raimondi. El mensaje vigente*. Lima: Fondo de Desarrollo Ed./Universidad de Lima.
- BRADING, David Anthony (1991): *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- BURGA, Manuel/MACERA, Pablo (2013): *Escuela de obediencia y Memoria del Inca, 1747-1818*. Lima: Edición Derrama Magisterial.
- CHABOD, Federico (1961): *La idea de nación*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- CÓRDOBA Y SALINAS, Diego de (1957): *Crónica franciscana de las provincias del Perú*. Washington, D.C.: Academy of American Franciscan History.
- DE LA VEGA, Garcilaso Inga (1949): "Sacra Católica Real Magestad. Defensor der la Fe". En: Hebreo, León: *Diálogos de amor. Traducción por Garcilaso Inga de la Vega*. Edición según la de Madrid de 1590, con observaciones preliminares de Eduardo Juliá Martínez. Madrid: Victoriano Suárez, pp. 8-13.
- FOUCAULT, Michel (1968): *Las palabras y las cosas*. México, D.F.: Siglo XXI.
- (1969): *La arqueología del saber*. México, D.F.: Siglo XXI.
- GARCÍA, José Uriel (1930): *El nuevo indio. Ensayos indianistas sobre la Sierra Sur peruana*. Cuzco: Editorial H. G. Rozas.
- GARCÍA CÁCERES, Uriel (2010): *La magia de Unanue*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- HERRERA, Fortunato Luciano (1900): *Etnografía de los indios chincheros*. Cuzco, Universidad San Antonio de Abad: Tesis.
- (1911): *Coordenadas Geográficas del Depto. del Cusco y lugares importantes del Depto. Cuzco*, Universidad San Antonio de Abad: Tesis.
- (1930): *Estudios sobre la Flora del Departamento del Cuzco*. T. 1. Lima: Ed. Sanmartí y Cía.
- HOBBSAWM, Eric J. (1992): *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Ed. Crítica.
- LAVALLÉE, Bernard (1993): *Promesas ambiguas. Criollismo colonial en los Andes*. Lima: Edición Instituto Riva-Agüero/PUCP.
- RAIMONDI, Antonio (1862): "Lijera revista histórica sobre los Estudios hechos en el Perú en las ciencias naturales y de los Escritores, que se han ocupado en la historia natural del mismo". En: *Anales Universitarios del Perú*, I, pp. 196-224.
- (1874): *El Perú*. Tomo I. *Parte preliminar*. Lima: Imprenta del Estado.
- (1876): *El Perú*. Tomo II. *Historia de la geografía del Perú*. Libro primero. Lima: Imprenta del Estado.
- RIVA-AGÜERO Y SÁNCHEZ BOQUETE, José de la (1818): *Manifestación histórica y política de la revolución de la América y más especialmente de la parte que corresponde al Perú, y Río de la Plata*. Buenos Aires: Imprenta de los Expósitos.

- (1858): *Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*. Obra póstuma de P. Pruvonena. París: Librería de Garnier Hermanos.
- RODRÍGUEZ DE MENDOZA, Toribio (1972 [1816]): “Carta dirigida a Manuel Pardo, visitador del Convictorio San Carlos”. En: *Colección documental de la Independencia del Perú*. Tomo I: *Los ideólogos*. Volumen 2: *Toribio Rodríguez de Mendoza*. Lima: Editorial Salesiana, pp. 151-173.
- ROSPIGLIOSI VIGIL, Carlos J. (1917): *Orientaciones Industriales. Necesidad de crear un instituto de investigación en el Perú*. Lima: Imprenta del “Centro Editorial”.
- (1935): *La crisis universitaria en el Perú*. Lima: Imp. Americana.
- SALINAS Y CÓRDOBA, Buenaventura (1957): *Memorial de las historias del Nuevo Mundo del Pirú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos
- TELLO, Julio C. (1928): “La investigación científica”. En: *Reforma Universitaria. Ensayos y discursos*. Lima: Ed. Sanmartí y Cía.
- UNANUE, Hipólito (1940 [1805]): *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre*. Lima: Imp. “Lux”.
- VILLARÁN, Manuel Vicente (1922): *Estudios sobre educación nacional*. Lima: Universidad de San Marcos.
- VIZCARDO Y GUZMÁN, Juan Pablo (2004 [1799]): *Carta dirigida a los españoles americanos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.